

La Presencia Misericordiosa en el Año de la Misericordia

Arzobispo John C. Wester, enero 2016 *People of God*

Al comenzar este nuevo año en el calendario, también continuamos nuestra jornada dentro del Año de la Misericordia que el Papa Francisco inauguró el pasado 8 de diciembre. Nuestra arquidiócesis se unió con la Iglesia universal al comenzar este año de gracia abriendo puertas santas en la arquidiócesis y reuniéndonos en oración para pedir la bendición de Dios al comenzar este año santo. Si bien hay muchos temas que entrelazan su camino a través del Año de la Misericordia, uno de ellos me parece particularmente contundente: ser misericordioso es estar presente. Un sinónimo de misericordia es compasión. Esto nos recuerda que ser misericordioso, ser compasivo, es "sufrir con" alguien, o más ampliamente, caminar con alguien, especialmente durante un momento doloroso. Creo que estar presente el uno para el otro, como Dios lo está para nosotros, es una característica clave de la misericordia.

Habiendo recién concluido la temporada de la Navidad, comprendemos la magnitud de lo que Dios realizó para llegar a ser uno de nosotros al enviarnos a su unigénito Hijo. Él quiere estar presente para nosotros y por ello se hizo uno de nosotros. También reflexionamos sobre María, quien estuvo presente para Dios al aceptar su voluntad y se hizo la esclava del Señor. Dios siempre está presente para nosotros; Él nos ama con un amor ilimitado y desea estar presente para nosotros en cada momento de nuestras vidas. Lamentablemente, nosotros no respondemos a Dios de la misma manera y tampoco ofrecemos nuestra presencia a los demás como debiéramos. Muy a menudo nos encontramos atrapados en una vida ocupada en la que corremos de un lado a otro con muy poco tiempo para realmente atender a Dios o a otros, para estar con ellos en un nivel más profundo. Para empeorar las cosas, estamos a menudo atrapados en nuestros dispositivos tecnológicos, fascinados por la facilidad con la que podemos estar en contacto con otras personas y, sin embargo, irónicamente, perdiendo tantos momentos preciosos para estar presentes para quienes se encuentran en la misma habitación con nosotros. Además, estamos cada vez más consciente de nosotros mismos, no que seamos tímidos, sino que nos preocupamos más por lo que deseamos que por lo que otros necesitan. Somos muy reservados al dar a la gente el tiempo necesario para estar realmente presentes para ellos. Este Año de la Misericordia nos ofrece una oportunidad de ver que nuestra capacidad de estar presentes para los demás es un don de la compasión, un don de la misericordia para sus vidas, y por ende, para las nuestras también. Dios nos hizo a su imagen y semejanza, una imagen basada en la presencia: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, relacionándose entre sí en una unión ontológica de amor. Dios es una comunidad de personas y hemos sido creados para ser una comunidad de personas en su imagen. Cuanto más estamos presentes unos a los otros, como las personas de la Trinidad están presentes uno para el otro, entonces más fieles seremos a nuestra propia naturaleza y más reflejaremos a Dios, en cuya imagen hemos sido creados. Esta presencia es más que una sutileza. Es vital para nuestro bienestar.

Muchos estudios han demostrado que los bebés necesitan del amor, el contacto y la presencia de otros. Sin esta presencia amorosa de los padres o de quienes cuidan de ellos, se deterioran e incluso mueren. Una de nuestras hermanas carmelitas hace poco me dijo que un recién nacido fue abandonado en las

escaleras de un hospital. La enfermera que se hizo cargo de él lo abrazó y se preocupó por él como si fuera su propio hijo. Cuando la enfermera tomó un par de días de descanso, el bebé comenzó a enfermarse y sus signos vitales empezaron a decaer. Cuando la enfermera regresó y se dio cuenta de esto, reanudó sus caricias tiernas y amorosas y el bebé se recuperó. (¡La enfermera terminó adoptando al bebé y lo crio como propio hijo!) Claramente, es importante que nos conectemos con los demás y que estemos presentes unos a otros en todos los niveles: físico, emocional, psicológico y espiritual. El aliento de Dios nos trajo a la existencia y nuestra presencia de unos a otros, de una manera similar también nos da vida.

Con todo esto en mente, creo que una manera apropiada para celebrar el Año de la Misericordia es comprometernos a estar más presentes para Dios y para los demás. Las familias pueden encontrar maneras de orar juntos, comer juntos, divertirse juntos y simplemente estar presentes uno para el otro. Podemos identificar a personas con las que trabajamos, con quienes rezamos, con quienes nos divertimos y enfocarnos más en sus necesidades, tratando de darles nuestra atención y realmente responder a la presencia única que aportan a nuestras vidas. Podemos visitar a aquellos que rutinariamente están solos, que residen en instituciones de cuidado, a pacientes del hospital. Ellos agradecerán una visita corta, una palabra de consuelo y la seguridad de que no han sido olvidados. La forma en que nos acercamos a las personas sin hogar, a los recién llegados, inmigrantes y extranjeros puede reflejar nuestro deseo de caminar con ellos a medida que ellos se abren camino en los momentos difíciles. No subestimemos la importancia de una sonrisa, un apretón de manos, o una palabra tranquilizadora. Sé que nuestras parroquias tienen muchos ministerios que ponen a las personas en contacto con los demás y que nos permiten llevar la presencia amorosa de Cristo a los que están solos y olvidados.

Este Año de la Misericordia es un tiempo magnífico para caminar con nuestro prójimo, mostrar compasión real y preocupación por nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Nuestra presencia de unos a otros será un verdadero regalo que perdura toda la vida. El Papa Francisco ha dado un gran regalo a nuestra iglesia y lo recibimos con alegría mientras hacemos propia su oración en el Año de la Misericordia:

"En este Año Jubilar, (pidamos) que la iglesia haga eco de la palabra de Dios que resuena fuerte y clara como un mensaje y un signo de perdón, fortaleza, ayuda y amor. Que no se canse de extender la misericordia, y que siempre sea paciente al ofrecer la compasión y el consuelo. Que la iglesia se convierta en la voz de cada hombre y mujer, y repita con confianza y sin fin: "Acuérdate, Señor, de tu misericordia y tu bondad, que son eternas." (Salmo 25: 6)